

disolutos respetan interiormente? ¿lo que hacen finalmente aquellos hombres de ejemplar virtud, á cuya suerte se tiene envidia, y que nos han de servir de confusion y aun de desesperacion en la hora de la muerte por no haber imitado sus ejemplos? Si en aquella hora nos resta algun rastro de razon; si todavia somos en ella cristianos; si no morimos ateistas, ¿nos consolará mucho el haber seguido el ejemplo de tantos insensatos? ¿Qué dolor, qué desesperacion será entonces la nuestra por haber hecho lo que hicieron tantos libertinos! ¿Quien no querria entonces haber imitado á los buenos? ¿haber vivido como los fervorosos de su comunidad? ¿como los que tuvieron una vida verdaderamente cristiana?

Puedo, mi Dios, con vuestra divina gracia evitar estos desesperados arrepenimientos; todavia estoy en tiempo de hacerlo. Disponed, Señor, que me aproveche de este tiempo y de estas reflexiones.

JACULATORIAS. — Confirmad, Señor, y haced que sean eficaces estas luces que vos me comunicais. (*Psalm. 67.*)

Resuelto estoy, mi Dios, á vivir arreglado á vuestras divinas máximas, determinado á conformar mi conducta á vuestra santísima ley. (*Job 27.*)

PROPOSITOS.

1 Siendo cierto que en la hora de la muerte no quisieras haber vivido como ese inmenso monton de libertinos, como esa multitud de mujeres profanas, como ese enjambre de personas, que solo respiran el espíritu del mundo, como ese sin número de indevotos y de imperfectos, opróbio del estado eclesiástico y afrenta del religioso; y que toda la seguridad para mantenerte en los desórdenes que tú mismo condenas, en esa vida tibia que traes, en ese desordenado proceder que de cuando en cuando sobresalta tu conciencia; toda tu seguridad estriba en la esperanza, bien ó mal fundada, que tienes de que antes de morir reformarás tus costumbres, romperás las cadenas que te tienen aprisionado, harás una vida ejemplar y religiosa; ¿por qué no comenzarás á poner hoy en ejecucion lo que no sabes si podrás hacer mañana? El día de mañana es incierto, y hoy tienes ciertamente tiempo, medios, y me atrevo á asegurar que tambien auxilios para hacerlo; pues ten el consuelo de experimentar hoy, antes que llegue la noche, que no es vana tu esperanza. Si esperas convertirte á Dios antes de la muerte, haz que puedas decir

hoy mismo con verdad: Por la misericordia de mi Dios ya en fin me he convertido.

2 No es posible dejar de conocer á alguno de tu misma edad y de tu misma condicion que viva cristianamente; á alguno de tu misma comunidad ó de tu misma religion que viva ejemplar y santamente. Pues propóntele por modelo para imitarle, para ser tan exacto, tan observante, tan devoto, tan cuerdo y tan circunspecto. En materia de costumbres podemos todo lo que queremos.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES CRISANTO Y DARÍA su mujer, en Roma; los cuales despues de muchos tormentos que padecieron por Jesucristo en tiempo del prefecto Celerino, por sentencia del emperador Numeriano fueron echados en un arenal en la via Salaria y allí con piedras y tierra los sepultaron vivos. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE CUARENTA Y SEIS SOLDADOS, que fueron bautizados juntos por el papa Dionisio, é inmediatamente fueron degollados por orden del emperador Claudio, y sepultados en la via Salaria, tambien en Roma: allí mismo fueron tambien depositados otros ciento veinte y un mártires, entre los cuales estaban los cuatro soldados de Jesucristo siguientes: TEODOSIO, LUCIO, MARCOS y PEDRO.

LOS SANTOS MÁRTIRES CRISPIN y CRISPINIANO, nobles romanos, en Soissons en Francia; los cuales en la persecucion de Diocleciano, en tiempo del presidente Riciovaro, despues de padecer crueles tormentos, siendo degollados consiguieron la palma del martirio; sus cuerpos fueron despues llevados á Roma, y sepultados honorificamente en la iglesia de S. Lorenzo llamada Panis-perna. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LA PASION DE SAN MINIATO, soldado, en Florencia; el cual en tiempo del emperador Decio peleando generosamente por la fe de Jesucristo, alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES PROTO presbitero, y GENARO diácono, en Torres de Cerdeña; los cuales habiendo sido enviados á aquella isla por el papa S. Cayo, en tiempo de Diocleciano fueron martirizados por orden del presidente Bárbaro. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MARTIRIO subdiácono, y MARCIANO cantor, en Constantinopla, martirizados por los herejes en tiempo del emperador Constancio.

SAN BONIFACIO, papa y confesor, en Roma. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN FRONTON, en Perigord en Francia. Fué consagrado obispo por el apóstol S. Pedro, despues de haberle convertido á Jesucristo en com-

pañía de Jorge presbitero, con una gran multitud de gentiles: esclarecido en milagros, descansó en paz.

EL TRÁNSITO DE SAN GAUDENCIO, obispo, esclarecido en santidad y doctrina, en Brescia. (Fué elegido obispo de Brescia para suceder á san Filastro, que habia sido su maestro. Confirmada la eleccion por los obispos de la provincia y por S. Ambrosio su metropolitano, fué preciso para decidirle á admitir el cargo amenazarle con la excomunion. En 405 fué otro de los legados que el concilio de Roma envió al emperador Arcadio para defender la causa de S. Juan Crisóstomo. Su sabiduria y su virtud están impresas en todas las obras que de él nos han quedado, y de ellas se colige que murió por los años de 420.)

SAN HILARIO, obispo, en Gevandan.

SAN CRISANTO Y DARÍA, MÁRTIRES.

ENTRE los muchos ilustres mártires que hácia la mitad del tercer siglo, imperando Numeriano, derramaron su sangre por la fe de Jesucristo, fué uno de los mas célebres el invicto S. Crisanto. Era natural de Alejandría; y habiendo venido á Roma su padre Polemio, caballero distinguido, y muy estimado del emperador, trajo consigo á su hijo, cuyo noble natural, cuya cultura y cuyo suavísimo genio le dieron luego á conocer, amar y respetar. Viéronse precisados á fijar su residencia en aquella capital del imperio romano por los honores que en ella recibieron, habiéndosele hecho á Polemio senador de Roma, y siendo Crisanto á pocos dias la admiracion y las delicias de toda la ciudad. Era muy inclinado á la lectura, siendo este su noble vicio; y como dotado de un perspicacísimo ingenio, hacia oportuna eleccion de lo mejor que habian escrito los antiguos, sin esconderse cosa alguna á su crítica ni á su penetracion. Hambriento siempre y codicioso de las mejores obras, se quejaba muchas veces de no encontrar en las de los antiguos filósofos, venerados por oráculos, cosa alguna que plenamente le satisfaciese, experimentando en todas no sé qué vacío, que traia siempre inquieto su corazon, y siempre mas y mas ansioso de lectura. Insaciable en los deseos de leer todo género de libros, se le vinieron dichosamente á las manos los libros sagrados de los cristianos, y sobre todo, los del sagrado Evangelio: Leyólos con aplicacion, diéronle golpe, y gustando en cada página cierto fondo de verdad y de solidez que convencía su entendimiento, al mismo tiempo que le cautivaba y le suspendia aquella majestuosa simplicidad de estilo, carácter propio de los sagrados libros, concibió un soberano desprecio de todas las obras profanas, disgustándole ya todo lo que no era sagrada Escritura.



S. CRISANTO Y STA. DARIA
MARTIRES.

Ansioso de ser instruido á fondo en aquellas divinas verdades, que solo descubria como á medias en la lectura de los libros sagrados, deseó con ansia encontrarse con algun maestro hábil que le declarase su verdadera inteligencia. Deparósele muy en breve la divina Providencia, y fué un santo presbítero llamado Carpóforo, hombre lleno del espíritu de Dios, y perfectamente instruido en la ciencia de la religion, y de maravilloso talento para explicar las verdades del Evangelio. Tuvo Crisanto muchas conferencias con él; y obrando la gracia en aquel corazon dócil, y en aquel entendimiento claro y recto, que únicamente iba buscando la verdad, acabó de convencerle y de convertirle. Disipadas muy en breve las tinieblas del paganismo á los rayos de la fe, descubrió claramente la locura y la impiedad de las supersticiones gentílicas; y abriéndose camino la verdad de la religion cristiana por entre los errores del nacimiento y de la educacion, declaró Crisanto absolutamente que queria ser cristiano: pidió con instancia el bautismo; y despues de suficientemente instruido, le recibió.

No pudo ocultarse largo tiempo tan ilustre conversion. Era Crisanto como la sal y el alma de todas las conversaciones: notóse que ya no se dejaba ver en las concurrencias profanas, ni en los juegos públicos: hizose reparar su circunspeccion, su reserva, su compostura y su retiro: veíase su frecuente trato con los cristianos, y se llegó á sospechar que ya no era gentil. Quiso su padre aclarar este punto, y oyó de la misma boca de su hijo, que ya en fin habia encontrado la verdad, despues de tanto tiempo como andaba en busca de ella, y estaba convencido de que no habia otra verdadera religion que la cristiana, ni por consiguién- te otro verdadero Dios que el que adoraban los cristianos.

No cabe en la esplicacion cuán sorprendido se quedó el padre de Crisanto; pero presto se cambió la suspension en cólera, y la cólera en arrebatado furor. Mandó encerrar á su hijo en un horroroso calabozo, resuelto á dejarle morir en él de hambre, de hediondez y de miseria. Pasados algunos dias, habiéndole hallado no solo incontrastable en la fe, sino encendidamente ansioso de dar su vida por amor de Jesucristo, mudó Polemio de idea, y discurrió valerse de otro artificio. Parecióle que siendo Crisanto jóven, de bella disposicion, y educado en una religion como el paganismo, que autorizaba las licencias de la carne, el medio mas seguro para vencerle seria entregarle á los desahogos de la sensualidad. Con esta inférnal idea, mandó que le sacasen del calabozo, y le trasladasen á una magnífica sala, adornada con preciosísimos muebles, y en ella le dejó encerrado con muchas

damas cortesanas, de las mas jóvenes, de las mas bellas y de las mas desahogadas, todas bizarramente vestidas, y todas prevenidas á porfia de cuantos adornos provocativos podian ser incentivos á la tentacion. Era el combate violento, y sin la asistencia de un poderosísimo auxilio necesariamente se habia de desespear de la victoria. Al instante acudió Crisanto por él, pidiéndosele con instancia al Señor, y fué prontamente oido. En el mismo punto que entraron en la sala todas aquellas doncellas, se apoderó de ellas un sueño, ó una modorra tan profunda, que fué preciso sacarlas á todas de la pieza sin sentido y como muertas. Atribuyóse este maravilloso suceso á hechicería de los cristianos, segun la cantinela ordinaria y recurso general de los gentiles en semejantes lances. Pero á Polemio le pareció haber dado ya con un medio eficaz para burlar la virtud de estos imaginarios encantamientos ó mágicos artificios. Tuvo modo de ganar á una de las virgenes vestales, ó segun algunos autores, á una doncella consagrada á la diosa Minerva, que se llamaba Daria; y sobre estar dotada de una extraordinaria hermosura, hacian grandes escesos á las gracias de su cuerpo las de su discrecion, entendimiento y despejo. Persuadióla á que admitiese á su hijo por esposo, muy esperanzado de que con sus graciosísimos modales y con sus ingeniosos artificios le reduciria á renunciar la religion de los cristianos. Dió Daria su consentimiento á la proposicion, y fué presentada á Crisanto como su futura esposa. Descubrió el santo mancebo en aquella hermosa doncella un entendimiento y una penetracion no muy comun en las personas de su sexo; y sintiéndose interiormente movido del Señor á emprender su conversion, la habló con tanta energía, con tanta elocuencia y con tanta mocion sobre la verdad de la religion cristiana, y sobre la quimérica divinidad de los falsos dioses, que Daria pidió el bautismo. Administrósele en secreto despues de haberla instruido, y desde luego se mostró una de las mas generosas y mas fervientes cristianas. Unidos de esta manera los dos en religion, en máximas y en costumbres, convinieron reciprocamente en estrecharse tambien con el vínculo del matrimonio; pero con la condicion de que habian de guardar virginidad hasta la muerte. Ignoraba Polemio este misterio, y se quedó tranquilo luego que se efectuó el matrimonio, no dudando que Daria, á quien siempre consideraba gentil, reduciria á Crisanto á que no fuese cristiano.

Aprovecháronse ventajosamente en beneficio de la religion de la libertad que los dos castos esposos gozaban en la ciudad. Procuraban informarse de las necesidades espirituales y corporales de los cristianos, y todas sus visitas eran escursiones de misericor-

dia y de caridad. Buscábanlos hasta en los sepuleros y en las grutas, donde se ocultaba la mayor parte de ellos durante la persecucion, asistiéndolos, consolándolos y esforzándolos á padecer todo lo que se ofreciese por amor de aquel gran Dios, que premia con eterna gloria hasta los deseos de padecer por su amor. Ni se limitaba su zelo y su caridad á solas las necesidades de los fieles: experimentábanla tambien en las suyas hasta los mismos gentiles. Convencidos muchos con la fuerza de sus discursos, y movidos mas con la eficacia de sus ejemplos, detestaron sus errores, abrieron los ojos á la luz de la fe y recibieron el bautismo. Como Crisanto y Daria eran tan cristianos, no era posible que lo disimulasen; y por otra parte era demasiado el ruido de sus conversiones para que se pudiese encubrir. Fueron delatados: arrestáronlos; y queriendo convencerse de la verdad el tribuno Claudio, ordenó que Crisanto fuese conducido al templo de Júpiter para ofrecer en él sacrificio; y en caso de resistirse, que fuese despedazado á azotes como un esclavo vil, pues por el mismo hecho se hacia indigno de la gracia del emperador.

Ejecutóse la sentencia. Burlóse Crisanto del idolo, haciendo de él un soberano desprecio. Desnudáronle á la misma puerta del templo: azotáronle tan inhumanamente, que se le descubrian las entrañas; y sin un milagro, hubiera espirado en la crueldad de aquel tormento. Condujéronle despues á un lóbrego calabozo, que servia de letrina á los presos de la cárcel, tan asqueroso por su inmundicia, como intolerable por su fétida hediondez; pero apenas entró en él el santo mártir, cuando su lobreguez se convirtió en un resplandor celestial mas brillante que el mismo sol, y su fetor hediondo en una exquisita y suavísima fragancia. Dióse orden á los verdugos para que le azotasen segunda vez con ciertas varas de hierro; pero apenas las tomaron en las manos, cuando se ablandaron de manera que no les fué posible servirse de ellas. A vista de este segundo prodigio quedó tan asombrado el tribuno que confesó no haber otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y en el mismo punto se convirtió. Noticioso de todo el emperador se irritó tanto, que mandó fuesen al instante degollados todos los que se habian convertido con aquellas maravillas, y que al tribuno Claudio se le arrojase en el Tiber; lo que al momento se ejecutó.

Fué restituido á la cárcel S. Crisanto, mientras á Daria se la arrastraba á un lugar infame para ser afrentada en él; mas la misma mano que defendia al santo confesor, defendió tambien milagrosamente á la santa virgen. Salió un leon de su jaula, forzando las rejas y la puerta, y se fué derecho á postarse á los

pies de la Santa para defenderla contra todo insulto de los libertinos. Ninguno tuvo aliento para arrimarse á ella despues que vieron la furia con que la fiera se arrojó sobre un insolente que tuvo este atrevimiento; y hubiera perecido entre sus garras á no haberle libertado las oraciones de la misma Santa, cuyo duplicado milagro le convirtió. Espantado, pero no vencido el tirano, mandó que pusiesen fuego al cuarto donde estaba Daria, para que ella y el leon que la guardaba se redujesen á cenizas; pero el leon marchó sereno y sin lesion por medio de las llamas, recogiendo derecho á su jaula sin hacer daño á persona alguna. El cuarto de la Santa quedó abrasado; pero á Daria no le tocó el fuego al pelo de la ropa. El mismo prodigio se obró en favor de S. Crisanto; porque habiendo ordenado el juez que le abrasasen los costados con hachas encendidas, aplicadas estas no hicieron el mas mínimo efecto. Avergonzado en fin el tirano de verse vencido por aquellos dos jóvenes, héroes de la religion cristiana, mandó que los sacasen á un campo fuera de la ciudad, que se llamaba *el Escelerado*, porque en él eran enterradas vivas las vírgenes vestales convencidas de incontinencia, y en el mismo consumaron su glorioso martirio los dos santos mártires, siendo enterrados vivos en un arenal el dia 25 de octubre, hácia el año del Señor de 284.

Luego que el Señor dió la paz á su Iglesia y la ciudad de Roma abandonó públicamente el culto de los ídolos para rendirse á Jesucristo, plugo al mismo Señor, dice S. Gregorio, revelar el lugar donde estaban sepultados los cuerpos de estos santos mártires. Fueron desenterradas sus preciosas reliquias, y los milagros que acompañaron su descubrimiento hicieron glorioso su sepulcro, aumentando el culto y la devocion de los fieles.

SAN GABINO, PROTO Y GENARO, MÁRTIRES.

La isla de Cerdeña, famosa en los anales eclesiásticos por haber sido lugar adonde fueron desterrados tantos santos obispos y tan ilustres confesores de la fe de Jesucristo, no es menos famosa por los esclarecidos varones que han tenido en ella su nacimiento. El haberla mirado la naturaleza con ceño, haciéndola de un aire mal sano á causa de los pantanos que engruesan su atmósfera, y de las altas montañas que impiden su traspiracion por la parte del Norte, ha sido una venturosa circunstancia para que los enemigos de la religion cristiana pensasen establecer allí el teatro de sus crueldades, y al mismo tiempo el de los triunfos de los valerosos soldados del Cru-

cificado. En la ciudad de las Torres, que presentemente se llama Sasarí, y está situada sobre el rio Torres, no lejos del mar, nacieron S. Proto y Genaro, varones santísimos, y de tan arregladas costumbres, que merecieron dar su vida por Jesucristo. Los primeros años de su existencia nos son enteramente desconocidos; solamente se sabe que su aplicacion á los estudios sagrados y el fervor de sus costumbres le proporcionó á Proto la dignidad del sacerdocio, y á Genaro la de diácono. Este hecho en unos tiempos en que solo servian estas dignidades de acelerar los instantes de la vida, y de llamar hácia sí la crueldad de los tiranos y los horrores del martirio, prueba bastante que tanto el uno como el otro eran personas virtuosas, criadas en las máximas del Evangelio, y con todo el valor necesario para derramar la sangre en obsequio de las verdades reveladas. Estas circunstancias hacen creer que tanto Proto como Genaro cumplirian exactamente las estrechas obligaciones de sus ministerios respectivos. El primero, repartiendo á los fieles el pan de vida y de doctrina, confirmándolos en la fe que habian profesado al recibir el bautismo, y preparando sus almas con el escudo y armadura de Dios, para poder defender su ley santa en las ocasiones continuas que se ofrecian. El segundo, cuidando de las iglesias, de la asistencia y servicio de los altares, recogiendo las limosnas de los fieles, y distribuyéndolas de manera que se mantuviesen los eclesiásticos; pero que las viudas y los huérfanos quedasen al mismo tiempo socorridos. Vivian estos siervos de Dios en tiempo que Diocleciano pretendia saciar la sed que le devoraba de sangre de cristianos; y pensando que sus personas podrian ser útiles en unas circunstancias tan criticas, pasaron á Roma, que era el teatro de la persecucion, y se presentaron al santo pontífice S. Cayo para que los emplease, segun que, atendidas las circunstancias, hallase ser mas conveniente. El santo pontífice se consoló mucho viendo que en tiempos tan calamitosos se encontraban cristianos, que sin temor de los tiranos ni de los tormentos presentaban el pecho á los peligros. Dióles los sagrados órdenes que arriba se han referido, y dispuestos de esta manera para predicar mas libremente y con mayor autoridad las grandes verdades del Evangelio, se volvieron á Cerdeña desechos de aprovechar cuanto les fuese posible á su amada patria.

Apenas llegaron á Torres cuando pusieron en ejecucion su proyecto con un zelo y actividad tales, que hacian gran fruto en los que adoraban á los dioses; sus pechos encendidos con el fuego de la caridad exhalaban palabras y discursos tan abrasados, que todo cuanto encontraban lo penetraban del mismo fuego. El culto